

1863. En esta ocasión los tres fracasaron. Puebla se rindió, México fue evacuada y Juárez volvió a ser el presidente nómada.

San Luis Potosí fue un tiempo la capital de los republicanos. Se organizó un nuevo gabinete y Juárez dio la mayor prueba de su confianza a Comonfort nombrándolo Ministro de la Guerra. Sólo cuatro meses pudo desempeñar este cargo, en noviembre de 1863, Comonfort murió en una emboscada. Juárez sintió la muerte del amigo, del hermano en la masonería y del colaborador.

Rosaura HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ
Universidad Nacional Autónoma de México

Luis GONZÁLEZ: *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. México, El Colegio de México, 1968. 365 pp.
(Centro de Estudios Históricos, Nueva serie, 1).

La característica inicial de *Pueblo en Vilo* es la íntima vinculación del autor con el tema elegido, hasta llegar a una identificación espiritual casi completa, que resulta natural si tenemos en cuenta que el autor es originario de la comunidad cuya historia nos explica. Y en este aspecto González puede sentirse satisfecho, ya que tal simbiosis ha sido, al parecer, uno de sus más íntimos propósitos. Y, si de acuerdo con los postulados teóricos de la metodología histórica, es aconsejable la adecuación espiritual del investigador con su campo de estudio, el caso de *Pueblo en Vilo* sirve de ejemplo ilustrativo. A lo largo de las páginas de la obra se percibe el deseo del autor, por todos los medios científicos a su alcance, de colocar al lector en contacto con esa realidad histórica que él —no sólo quiere historiar, presentar, dibujar— sino que, además, siente como algo propio, que le es muy querido, y en la cual ha colaborado, de una u otra manera.

Ahora bien, podría suponerse que tal identificación sentimental, con los hechos ocurridos en San José de Gracia, llegara a distorsionar la explicación de algunos de los mismos, en especial aquellos que pertenecen a vivencias del autor y de los cuales ha sido espectador, próximo o lejano; pero en honor a la verdad, si esto ocurre no se percibe y hay que destacar más bien el grado notable de objetividad que el historiador ha logrado alcanzar, sin dejar traslucir el esfuerzo que posiblemente haya realizado para conseguirla.

El autor se muestra vivamente interesado en descubrir a través de sus investigaciones, cuál ha sido el proceso de cambio —so-

cial e histórico— experimentado por San José de Gracia a lo largo de su historia; se explica por eso su interés en presentar las diferentes etapas del acontecer histórico de la comunidad, y en íntima conexión con ello, descubrir quiénes —cuáles individualidades— lo realizaron. Este último interés le induce a presentar a los personajes que de una u otra manera propugnaron ese cambio y que tienen —desde este punto de vista— importancia histórica para la “comunidad josefina”. El porqué del cambio resulta así fácil de determinar dentro de la investigación: individuo y grupo lo condicionan alternativamente.

Otra inquietud que podemos señalar como motriz de la investigación es la que resulta de la tarea, difícil desde todo punto de vista, por determinar los hechos históricos que merecen ser destacados en una comunidad en la que —al parecer— no ocurre hecho histórico de importancia. En este aspecto el autor utiliza un recurso de explicación histórica, útil por demás, que consiste en una comprensión de lo histórico regional mediante el nexo causal con los sucesos nacionales y la elaboración, con los mismos, de un acertado paralelismo.

La obra ofrece una gran riqueza documental de índole diversa, en sus tres partes iniciales, especialmente. Se aprecia que el autor encontró, en el curso de su estudio, un número apreciable de fuentes de las cuales poder extraer sus datos, pero que al mismo tiempo tropezó con las dificultades inherentes al desorden de esos mismos materiales. Y un dato que resulta interesante: la mayoría de las fuentes utilizadas —en especial para la segunda y tercera partes de la obra— pertenecen a las denominadas “fuentes primarias”, tales como colecciones particulares de documentos, libros de cuentas de amigos y familiares, papeles y tradiciones de familia, así como recuerdos personales del autor. Sin olvidar las entrevistas a algunos miembros representativos de la comunidad. Fuentes eminentemente informativas, tales como “noticias de libros de historia nacional y regional” que el mismo autor expresa haber utilizado; documentos de archivos públicos, nacional y regionales (notariales, parroquiales, rentísticos y agrarios); así como también fuentes no del todo informativas sino descriptivas, tales como los datos extraídos de novelas que Luis González confiesa de suma utilidad al expresar: “Se sacó mucho más de libros no históricos”, y reconoce su deuda con Agustín Yáñez por *Al filo del agua* y *Las tierras flacas*; Juan José Arreola por *La feria*, y con Juan Rulfo tanto por *El llano en llamas* como por *Pedro Páramo*. Afirma, además, que “Los archivos parroquiales resultaron la principal fuente escrita de la historia de la comunidad josefina” (pp. 19-20).

No constituye motivo de polémica que el autor conceda fe a

muchos documentos del patrimonio familiar que utiliza para precisar algunas cuestiones importantes, así como también a los informes recogidos en entrevistas y a las suministradas oralmente por miembros cercanos de la familia. Por razones que consideramos obvias, dada la seriedad, formación y experiencia en la investigación histórica del autor, se pueden aceptar como fidedignas a la luz de la crítica moderna. La historia es también, en cierto sentido, una cuestión de fe.

Respecto a otras fuentes el mismo autor expresa no haber necesitado de mucho esfuerzo para descartar mentiras y engaños. "Mediante la confrontación con documentos deduje la exactitud de amplias parcelas de la tradición oral. Cuando no hubo textos dignos de fe que la respaldaran, di por buenos los dichos recaudados por la memoria colectiva. Pero más que la tarea detectivesca me detuvo la operación de comprender, de repensar y resentir los pensamientos y los sentimientos de los protagonistas de la historia de San José. La pasión por el tema, o si se quiere, la simpatía, ayudó enormemente en esta empresa" (p. 21).

Vale la pena destacar que la introducción de *Pueblo en vilo* es en sí todo un tratado amplio e interesante de metodología para el trabajo de la historia regional.

En realidad, una obra como *Pueblo en vilo*, en la que existe tal equilibrio de contenido y forma y en la que abundan matices diversos, no es cuestión de resumir, condensar, expresar ideas. *Pueblo en vilo* debe leerse y leerse con fruición, con deleite.

En la primera parte, "Tres siglos de iniciación", nos describe cómo la región occidental del territorio mexicano —que perteneciera al imperio tarasco— va siendo acupada por las huestes de Cortés, dirigidas por Cristóbal de Olid, en busca de tesoros y cómo cruzan Ávalos por ese ámbito regional, animadas sólo por la ambición y la codicia. Y luego, cómo a esa etapa de tránsito, de exploración, sigue la de la ocupación ganadera, favorecida por "la catástrofe demográfica" y la existencia de tierras baldías y con acierto va señalando las condiciones geográficas de las mesas de Juruneo y Toluquilla, favorables a la ganadería. La mesa de Juruneo se va poblando poco a poco gracias a las mercedes concedidas a la familia Ávalos, descendientes del conquistador Alonso de Ávalos. "La vasta propiedad que recibió en herencia el bachiller Alonso de Ávalos, cura de Sayula, se le conoció en adelante con el nombre de 'Hacienda del Monte'; ocupaba casi toda una mesa cuyas esquinas eran Mazamitla, Tizapán, Cojumatlán y Quitupan" (p. 51). Pero la vida de esta hacienda —lo explica el autor— era improductiva, un latifundio ocioso que sólo daba prestigio a sus dueños. En el s. XVIII se la remató en dos oportunidades, sin que sus nuevos dueños le modificaran su carácter inicial. Sólo a finales

de ese mismo siglo, mediante las reformas administrativas impulsadas por la Ilustración, hubo cambios favorables para la Hacienda del Monte (denominada por esta época "Jucumatlán"), inscrita ya en la intendencia de Valladolid. La demografía fue en aumento, al igual que los cultivos; un comerciante de "grueso caudal", don Victorino Jaso, desarrolló una labor positiva de progreso y debido a su empuje la zona fue poblada con rapidez, sobre todo por "criollos", aun cuando no faltaron los mestizos y "mulatos poco cargados". Más tarde, los aires independentistas fueron llegando a estos poblados, llenos de odio hacia los gachupines. "El de 1814 fue el año de las grandes 'tincas' como se llamó por estos rumbos a los movimientos de independencia presididos por Torres, Macías y Castellanos". "Las guerras asolaron los campos, mucha gente emigró, pero otras llegaron" (p. 74). Ya la hacienda era de todos y a partir de 1818 la región disfrutó de tranquilidad viendo instalarse a la nueva gente que iba llegando.

En la segunda parte de la obra, "Medio siglo en busca de comunión", Luis González describe la evolución que experimenta la hacienda de Cojumatlán en el período 1861-1910 hasta convertirse en el poblado de San José de Gracia. Su estudio se inicia con la explicación acerca de la revolución contra Antonio López de Santa Anna y el impacto de la misma en la hacienda y sus alrededores, siendo el fraccionamiento de la hacienda el más importante de todos los hechos ocurridos. Nos explica cómo la muerte del inmenso latifundio de cincuenta mil hectáreas favoreció el desarrollo del lugar, iniciándose entonces una etapa de transformación. Mediante descripciones no sólo literarias, sino sociológicas, antropológicas y económicas, el autor explica cómo se va construyendo un importante sistema de pequeña propiedad rústica en la comunidad campesina.

Gran parte de esta sección de la obra es rica en detalles de la vida cotidiana que permiten formarnos idea casi precisa sobre las costumbres sociales de los grupos rurales de la época.

El 19 de marzo de 1888 —en el ambiente porfiriano de finales de siglo— se fundó San José de Gracia. Se le dio tal nombre por ser éste el día del santo patrono. "Todos estuvieron de acuerdo, y sepa quién le agregó a San José el de Gracia... En junio de 1888 comienza a funcionar la vicaría de San José de Gracia, adscrita a la parroquia de Sahuayo... el número de sus feligreses empezaría siendo de tres mil... Por lo pronto, al nuevo pueblo no se le concedió más rango político que a cualquier ranchería" (p. 125).

La tercera parte, "Treinta Años de Penitencia", que comprende el período de 1910-1940, se nos antoja la más difícil de elaborar y al mismo tiempo la de más perfecto acabado. Luis González,

haciendo buen uso de una gran labor de síntesis y análisis, emplea como elemento de construcción histórica la simultaneidad y en forma casi paralela describe tanto los acontecimientos de trascendencia nacional como los ocurridos en el ámbito local y esto para poder entretrejer unos y otros dentro de la gran estructura total en que los hechos históricos se nos presentan. Así, el autor nos va describiendo las peripecias por las cuales atraviesa la "comunidad josefina" a consecuencia de los sucesos que convulsionaron al país en las cuatro primeras décadas del siglo xx: Revolución Mexicana, Revolución Cristera y Revolución Agraria. Para explicar cada uno de estos hechos nos introduce primero en el marco del acontecimiento desde el ángulo nacional, para presentarnos luego los acontecimientos en su significación local, es decir, dentro de la "comunidad josefina". Así, tanto la labor de explicación como de análisis se dan juntas. Por ejemplo, inicia el análisis del proceso revolucionario con la explicación de lo que constituía el maderismo para los josefinos: "Lo más de la gente no conocía a ciencia cierta las ventajas del maderismo. Unos decían que con Madero ya no se iban a pagar más impuestos; otros, que era hombre de bien, y otros que don Porfirio era muy viejo y ya debía dejarle la silla a un joven" (p. 170). Luego nos presenta el espíritu de esta gente ingenua que sigue su vida normal sin aspavientos en espera que llegue hasta ellos el resplandor de la chamusca, avivados sólo por las noticias periódicas que llegan con la prensa. Explica, a continuación, cómo todo este periodo de expectativa, y a partir de 1913 especialmente, está inmerso en un proceso de empobrecimiento general. "La Revolución no le hizo gracia al pueblo y los rancheros". Poco a poco —expresa— los habitantes de San José, ante los atropellos de que eran víctimas por agentes revolucionarios de uno y otro bando, se volvieron desafectos al proceso revolucionario, y más bien crearon cuerpos de "defensas". Luego, "el fervor villista se apodera de algunos josefinos, sobre todo de los propietarios pequeños, pero casi ninguno toma las armas" (p. 180). Su análisis es completo cuando afirma que "El bandolerismo no fue un fenómeno local. La Revolución la habría ganado una sola de las facciones revolucionarias, la menos necesitada del triunfo, la de los catrines carrancistas. Los pobres que se habían levantado en seguimiento de Villa o de Zapata, se convirtieron de la noche a la mañana en enemigos de la Revolución. Se les puso el rubro de bandoleros; así les dijeron los carrancistas. En la vicaría de San José de Gracia la guerra sólo dejó hambre, bandolerismo y relajamiento de las costumbres... Los de la Puntada fueron los bandoleros más famosos" (pp. 181-183). Y este análisis —creemos nosotros— tiene validez para casi todo el sector campesino del México revolucionario. Es importante también la

explicación de lo que sigue a continuación, cuando después del vendaval llega la calma y ésta retorna a San José lentamente, pero por poco tiempo, porque después se desata nuevamente la "lucha cristera". La propaganda anticlerical del callismo encontró fuerte oposición en la comunidad josefina, representada en lo local por la labor de la "Acción Católica de la Juventud Mexicana", que emprendió sigilosa campaña de instigación, y en la cual el padre Federico cumplió un liderazgo eficaz. La participación de la comunidad en la lucha armada no obedeció sólo al sentimiento religioso sino también al afán de vengar ofensas por líos de tierras y por odio al gobierno. San José —en este conflicto— fue quemado y arrasado y experimentó de nuevo la desazón ante el peligro de su extinción total.

El último de los tres hechos explicados en esta parte de la obra, la Revolución Agraria, no tuvo en San José la violencia que se manifiesta en otras regiones y el autor lo explica acudiendo a la presentación de varias causas: la falta de líderes audaces, el parentesco que ligaba a propietarios y a solicitantes de tierras, y quizá al reciente compañerismo establecido en la lucha contra el gobierno. Y todo esto a pesar de que la revolución agraria se hizo sentir en la región y no siempre en términos pacíficos.

A continuación el autor explica cómo se realizó el proceso de la reconstrucción final de San José, destacando en este sentido la acción y la obra realizadas por el padre Federico, quien había retornado al pueblo en 1937.

Esta tercera parte finaliza con un análisis completo de las consecuencias políticas, sociales y económicas de la lucha revolucionaria: el empobrecimiento general y el consiguiente endeudamiento de la mayoría de la población; el aumento del poder sacerdotal, en gran parte motivado por el carisma personal del padre Federico. Además, expresa que se dio un gran paso en el proceso de mexicanización, "con sangre, fuego, susto, balas, carreras, zozobras, odio, periódicos". Y algo importante, ya para concluir: "Se aborrece a las grandes figuras de la Revolución salvo dos excepciones: Francisco Villa y Lázaro Cárdenas. Éstos se convierten en ídolos populares y principalmente el presidente agrarista, y no sólo por haber repartido tierras. No mató, fue compasivo, contuvo la persecución religiosa, trajo la paz" (p. 251).

La cuarta y última parte, "Veinticinco años de mudanzas", relativa al período 1943-1968, resulta ser la más personal de toda la obra porque se refiere casi en su mayoría a hechos vividos u observados por el autor y por eso está matizada de recuerdos y opiniones muy personales que la convierten en una crónica, escrita además en tiempo presente. Pero no desentona con el resto

de la obra, más bien patentiza ese sentimiento íntimo del autor hacia su tierra nativa.

Destaca González cómo los frutos de la Revolución se hicieron sentir en San José en este periodo, señalando entre ellos el aumento del número de "fuereños", la construcción de la carretera, la edificación de escuelas, etc. Y explica cómo en todos los aspectos de la vida de la comunidad josefina se respiran los síntomas de la transformación: desde el creciente desarrollo de las industrias ganadera y quesera, el aumento de las diversiones públicas, hasta el embellecimiento externo del poblado. Además, un nuevo espíritu se generaliza: la curiosidad por saber qué ocurre más allá del pueblo y así muchos salen temporalmente "para ver qué acarrearán de por allá", y muchos más se ausentan para siempre, sobre todo a Estados Unidos y a la ciudad de México. Por otra parte, nos explica que el servicio de agua y de luz eléctrica se suministran, en forma permanente, con técnica moderna, desde 1965, y con ellos la televisión, el teléfono (1966), los hoteles y un turismo incipiente pero progresivo.

San José dejó de ser pueblo, estadísticamente considerado, desde 1950 cuando pasó de los 2 500 habitantes. "Desde entonces —explica González— se le pudo decir ciudad, pero nadie se ha atrevido a decirlo, porque sigue siendo tan pueblo como el día en que lo fundaron" (p. 294). Y afirma que en San José sigue siendo, hoy como ayer, "más notoria la acción de la Iglesia que la del Estado". Y enfatiza en lo siguiente: "San José, tan alejada de las megalópolis, no corre el riesgo de ser engullido por ninguna urbe. No morirá como Tonalá, Zapopan, San Pedro, los pueblos absorbidos por Guadalajara". "Ahora es una comunidad en vilo, en situación insegura, inestable, frágil, precaria, de quita y pon, prendida con alfileres, en tengueregue, en falso, sin apoyo en la tierra." Para luego ampliar su afirmación anterior con la siguiente: "Es posible vivir sin los pies en la tierra, con la otra significación del adverbio 'en vilo', suspendido y no necesariamente inseguro" (p. 347).

Concluye la obra con la explicación de un hecho reciente, digno de destacar como el autor lo ha hecho: el 4 de junio de 1968 el gobernador Agustín Arriaga promulgó el decreto del Congreso de Michoacán que expresa: "se erige en municipio la tenencia de Ornelas, la cual se agrega de (*sic*) la municipalidad de Jiquilpan y se identificará en lo sucesivo y para todos los casos con el nombre de municipio de 'Marcos Castellanos', en memoria de tan ilustre insurgente" (p. 352). Y expresa luego que la cabecera del municipio 112 del Estado de Michoacán será 'Ornelas', antes denominado San José de Gracia.

Pero la obra no se limita a lo anterior. Íntimamente entrete-

jididos dentro de la construcción de los acontecimientos históricos de corta duración, se encuentran los de larga duración, hasta formar un todo coherente, que le da mayor valor a la obra. En especial por la fácil espontaneidad con que esto ha sido logrado en la presentación. Así, las explicaciones demográficas, económicas y sociales fluyen con una precisión tal que no se nota el esfuerzo que significa su introducción en el contexto general. Y mención especial merece el análisis generacional, que a pesar de constituir parte esencial de la obra, el autor lo ha insertado sin tropiezos dentro del análisis general.

La construcción teórica de generaciones históricas, desde los intentos iniciales realizados por J. Ortega y Gasset, siempre ha sido tarea difícil y su misma dificultad explica el porqué de su empleo tan limitado. Y aun cuando parezca lo contrario, tal método es más difícil para las comunidades que como la de San José de Gracia, no poseen —al parecer— mayor importancia para la Historia (así con *h* mayúscula), y que nos obliga a pensar que el análisis que de este tipo presenta Luis González en *Pueblo en vilo* tiene todo el valor y la importancia de la aproximación inicial, digna de tomarse en cuenta para trabajos posteriores de esta índole.

Por razones obvias, Luis González no presenta en su estudio las generaciones del período tricentenario (1500-1800), al que califica de “borroso” para un análisis de la profundidad y el cuidado que implica el generacional y por este motivo el mismo se inicia a partir de 1818:

A la primera generación (de la vicaría de Cojumatlán, en ese entonces), denominada la *generación insurgente*, le correspondió repoblar la zona montañosa de la hacienda de Cojumatlán, así como enfrentar y dominar la “barbarie zoológica”.

A la segunda generación, la “*del cólera grande*” (los nacidos entre 1803 y 1817), les tocó, a juicio del autor, un papel secundario en la época de la anarquía civil: “se limitaron a auxiliar a sus padres en las tareas que se habían impuesto, y a ponerse las manos sobre la cabeza, para no sentir tan fuerte la granizada de la guerra civil”.

Los miembros de la tercera generación, nacidos entre 1818 y 1833, denominados “*generación del cólera chico*”, tuvieron una mejor suerte. Con empuje consiguieron ensanchar sus tierras, conseguir dinero y darle gran progreso a la región. Durante su gestión se efectúa el fraccionamiento de la hacienda de Cojumatlán.

La cuarta generación, la “*de la nevada*”, está integrada por los nacidos entre 1848-1862, y “por ser en gran parte propietarios, son pacíficos, amantes del orden y no exentos de codicia... Va con la corriente”. No es homogénea, pero hay que abonarle su

espíritu dinámico y constructivo. A ella le correspondió fundar San José de Gracia.

A la “*del nuevo siglo*” (nacidos entre 1862-1877) el autor la considera como la generación rebelde. “Se rebeló contra las rigideces, los escrúpulos y las tristezas del padre Castillo y se rebeló contra parte de sus antepasados... Fue nacionalista, política y novelera, y tuvo líderes de iniciativa y empuje”. Durante su gestión San José fue elevado a la categoría de tenencia y el ámbito territorial adoptó el nombre de Ornelas.

De la siguiente, integrada por “los nacidos de 1878 a 1892 dice que se crecieron al castigo, se manifestaron en disposición de jugarse el todo por el todo, y les viene como anillo al dedo el nombre de “*generación del volcán*”. A ellos correspondió actuar durante la Revolución Cristera y la Revolución Agraria.

A la séptima generación, la *empresarial* (nacidos entre 1903 y 1917), le tocó iniciar el transtierro o transculturación. Había sufrido la violencia de la lucha y “al llegar a la edad de hacerse oír e imponerse”, abandonan muchos de los viejos moldes. “Se apodera de ellos el espíritu de empresa”. Cambian, además, las costumbres personales, buscan las comodidades, embellecen al pueblo y “desbarbarizan” las costumbres pueblerinas. Correspondió a ellos conseguir para San José la categoría municipal.

Cuando nos referíamos a la casi imposibilidad de resumir *Pueblo en vilo* y acudíamos a sus cualidades formales para justificarnos, implícitamente aludíamos al carácter literario que posee. Inconscientemente, al leer esta obra, identificamos a San José de Gracia con el Macondo garcíaamarquiza. Un pueblo en el cual aparentemente no sucede nada pero que mediante el ojo avizor del autor y su prodigiosa narrativa van apareciendo sucesos cotidianos que poco a poco adquieren connotación y vida propia. Así, la comunidad josefina en González como la macondina de García Márquez, se adhieren a la mente del lector con todo su fardo de gente sencilla e implícitamente necesaria en todo el contexto ambiental del lugar.

Por eso *Pueblo en vilo* se parece tanto a una novela, hasta en su título; y se podría considerar, de no constituir esta afirmación una herejía contra Luis González —historiador, en la misma línea de la novelística americana actual. No en balde el autor se manifiesta en deuda con Yáñez, Arreola, Rulfo, y no en balde pertenece a la misma generación de García Márquez, Fuentes, Carpentier y Vargas Llosa. Y a quien se atreviera afirmar, por lo anterior, que esto no constituye tarea de la Historia sino del arte literario, habría que recordarle que la Historia, la Historia auténtica del presente y del pasado, es tanto ciencia como arte, y siempre que pretenda serlo deberá elevarse hasta las mejores formas

de la expresión escrita. Bastaría recordar que J. Huizinga considera a la Historia como tal, cuando es capaz de ser expresada, por cualidades imaginativas y expresivas del historiador, con todos los elementos necesarios del Arte.

Podemos establecer que los méritos principales de la obra se encuentran en la serie de elementos con los cuales está elaborada: a) el sentimiento o identificación plena entre el autor y el tema de estudio o investigación; b) la objetividad alcanzada, a pesar de la estrecha vinculación espiritual; c) la amplitud de fuentes utilizadas; d) la labor crítica realizada; e) la forma de elaboración, apelando a diferentes recursos metodológicos, para ofrecer una explicación y un análisis tales que destacan por su claridad y fuerza de convicción; f) la acertada combinación de elementos tradicionales y modernos; g) la exquisita presentación literaria, a través de un equilibrio entre contenido y forma; h) la unidad que alcanza a sostener a lo largo de la investigación a pesar de los ángulos diferentes, tomados en consideración.

¿Los errores? Dependerán ellos de la posición personal que cada quien adopte en la crítica y de lo que cada uno crea encontrar en la obra. Por nuestra parte, hemos hallado —casi ayudándonos con lupa— algunos pequeños detalles que consignamos a continuación. Primero: la existencia de algunos vocablos con significación regional que a veces, para quienes no estamos familiarizados con los mismos, son difíciles de entender.* Segundo: construcciones gramaticales no del todo aceptadas por la lengua castellana y que por tratarse de una investigación historiográfica, seriamente presentada, no hay derecho a concesión de licencias de esa índole de buenas a primeras.** Tercero: Luis González,

* —“cosas de jineta” (p. 52, línea 6ª)

—“eran todistas” (p. 52, línea 11ª)

—“engolados” (p. 53, línea 13ª)

—“mercedados” (p. 53, líneas 1ª y 13ª)

—“acebuches” (p. 56, línea 9ª)

—“cuacos” (p. 56, línea 14ª)

—“chiquihuiteros” (p. 62, línea 17ª)

—“reboceros” (*ibidem*).

** —“la venida” (por la *llegada?*, p. 37, línea 16ª)

—“toda una cultura ganadera, importada de España y menos compleja que ésta” (que España? p. 40, líneas 5ª y 6ª)

—“los colores del tiempo de secas” (por *sequía?* p. 43, lín. 15)

—“con larga temporada de secas” (*ibidem*, lín. 29)

—“Y tomó a llamar...” (por *tornó?* p. 45, línea 29)

—“A la muerte de su marido acacido...!” (p. 49, línea 25)

tal vez consciente de su dominio de la expresión escrita, se regodea —a veces—, intencionalmente pero sin necesidad, con el lenguaje. Basta una muestra: sus “doscientas palabras indicadoras de cambio”, tienen más valor como efectismo literario (poético, sería más preciso) que como explicación histórica. Y no es un ejemplo aislado. Cuarto: la primera parte de la obra es, en realidad, pesada por el atiborramiento de datos y nombres. Cierto es que se trata de un empeño, casi alcanzado, por resumir la historia de los primeros trescientos años que sirvieron de partida a lo que sería más tarde la “comunidad josefina”, pero merecería un estudio sereno, reflexivo y una expresión literaria tan ágil como la del resto de la obra. Y esto podría realizarse para una cualquiera de las posibles reediciones.

Es posible que a muchos historiadores no guste este tipo de historia, regional o parroquial, y que no pocos lleguen a considerar que la tarea es mucho más ingente que los frutos esperados; pero dejando a un lado estas consideraciones, que tienen más de vanidad que de otra cosa, es indudable que *Pueblo en vilo*, desde ya, tiene todas las características de obra modelo en su género. No estamos seguros que podrá traspasar las fronteras del tiempo y colocarse allí donde las obras perduran generación tras generación; lo único cierto es que todo historiador del presente que quiera trabajar dentro de los lineamientos de este tipo, tendrá casi necesariamente que tomar en cuenta lo realizado por Luis González en su *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. Y esto tiene validez para toda Latinoamérica, sin ser gratuita la afirmación.

Fernando Díaz Díaz
El Colegio de México